

Un mes en



Entrada al estrecho de Gerlache

la tierra de San Martín

Más de tres mil trescientos kilómetros de Buenos Aires rumbo al sur y aún estamos en los suburbios de la gran urbe. Ushuaia —para el Antártico (hombre que conoce el continente de hielo)— es parte del Gran Buenos Aires, y en las largas noches invernales pasadas en los destacamentos se anhela el día en que las puntas y nieves del Monte Olivia proyectadas en la bahía den la bienvenida y preanuncien la vuelta al hogar. Luego viene una dosis amarga denominada "Pasaje Drake" y que consiste en 48 horas de zanjeo interminable por entre las olas formadas entre el mutuo empuje de los dos grandes océanos: Atlántico y Pacífico.

Un horizonte salpicado de cumbres blancas desdibujadas por las nubes y borradas en sus bases por los hielos indican la presencia del continente meridional. La emoción embarga al viajero y por momentos la curiosidad del naturalista cede lugar al recuerdo de la historia. Una larga serie de hombres que en cáscaras de nuez afrontaron estos mares y estos hielos por motivos diversos, pero nunca carentes de una gran dosis de audacia y valor.

Estamos ya a más de 1.500 kilómetros de Tierra del Fuego, 4.800 kilómetros de Buenos Aires. Nuestra proa corta el agua salpicada de escombros de hielo, recordando el trepidar del buque que volvemos a defender lo argentino.

La Antártida argentina es extensísima. Casi tanto como la misma porción continental de nuestra

nación. Los barcos únicamente tienen acceso a la península antártica, formación de hielo, montes y nieves que tiende a escaparse del casquete como buscando el calor sudamericano. Esta proyección hacia el norte es la llamada Tierra de Graham o —por los argentinos— Tierra de San Martín. La denominación chilena es fácilmente adivinable: Tierra de O'Higgins. En la península sólo recorreremos las bases existentes en el lado occidental y en el extremo norte. La costa oriental sobre el Mar de Wedel es inaccesible para barcos ordinarios, aventurándose sólo en su interior el rompehielos o los aviones con base en T. Matienzo.

Conocemos poco de nuestras tierras heladas. Los nombres de Petrel, Esperanza, Brown, Orcadas, Decepción, Corbett, Cámara, Melchior, Gurruchaga, Fliess y tantos otros no dicen mucho a un porteño como referencia geográfica, y nada sabe éste de la labor que allí se desarrolla.

A principios del siglo, argentinos merecedores de nuestro reconocimiento iniciaron una labor de recopilación de datos y observaciones climatológicas, oceanográficas, glaciológicas y naturalísticas, que se anticipó en mucho al de otras naciones desarrolladas. Desde entonces la Armada Argentina, año tras año, a través del Servicio de Hidrografía Naval y del Instituto Antártico Argentino prosigue en estas tareas con grandes sacrificios. A ella se juntaron los esfuerzos de las otras armas que con empeño realizan tareas du-



Nuevo cráter en la isla Decepción

rante todo el año en las bases Gral. Belgrano (Ejército) y Sobral (Ejército) y en la estación aeronáutica de T. Matienzo.

Quienes pasan el invierno deben afrontar rigores climáticos y espirituales. La soledad, la ausencia y lejanía de los seres queridos, el esfuerzo físico que demanda una labor que debe desarrollarse bajo el ímpetu de vientos huracanados y temperaturas bajísimas exigen al hombre antártico hasta sus últimos esfuerzos y energías. Todo ello no puede realizarse sin una fuerte dosis de patriotismo, audacia y coraje.

Los que participan en cambio de la Campaña Antártica estival asimilan lo mejor del continente de hielo, gozan de sus paisajes insuperables, de su fauna y flora particular y atrayente, y en las dificultades graves de la región los consuela el recuerdo de que pronto volverán a casa.

La Antártida Argentina es invadida en el verano por toda clase de científicos. Ictiólogos sistemáticos que bucean en las riberas y persiguen toda clase de pobladores de las aguas; geólogos que con sus piquetas escarban el hielo y la nieve para auscultar los suelos y rocas arrancándoles su historia; glaciólogos curiosos que se introducen en las grietas de los mares de hielo para compene-

trarse de sus secretos; entomólogos que persiguen insectos codiciados; mastozoólogos interesados en el trajín diario de elefantes marinos, focas y leopardos, ornitólogos perseguidores de albatros, petreles y pingüinos, fisiólogos, parasitólogos, microbiólogos; todo un sinfín de especialistas que buscan, remueven, suben y bajan, siempre averiguando y nunca satisfechos.

Este año, el grupo fue enriquecido por los vulcanólogos. Decepción constituyó una interesante atracción. No siempre se tiene la posibilidad de ver un volcán en formación y por ello hacia ella corrieron un selecto grupo de hombres que no vacilaron en arrostrar las fumarolas, introducirse en las grietas, descender en los cráteres y hasta bañarse en aguas sulfurosas burbujeantes para afirmar luego con toda calma y tranquilidad de que en cualquier momento la isla podía volar hecha trizas por los aires. Y en sus ojos hasta se captaba el secreto deseo de que ello ocurriera para poder así estudiar el fenómeno. Ocasión única...

El reabastecimiento de las bases antárticas es una impropia pero interesante tarea. Interviene en ella el Bahía Aguirre y hasta el rompehielos San Martín. Si bien la carga es variada, el lector no podrá imaginar su total extensión si no ha inspeccionado personalmente las playas luego de las descargas, o recorrido las bodegas, puentes y entrepuentes en los recovecos y escondrijos más inverosímiles. Para el ARA Bahía Aguirre, todo rincón libre es una potencial superficie para carga y este lema rinde maravillas.

La descarga es dura y llena de riesgos. Tres lanchas de desembarco que suelen ir quedando a pedazos en el camino de hielos y en las playas erizadas de rocas, recorren en un sinfín de idas y venidas por entre oleadas, vientos, nevadas y derrumbes de glaciares, arrojando, hora tras hora sobre las playas, bocanadas de tambores, cajas de alimentos, herramientas, chapas, cemento, hierros, lanchas, vehículos para la nieve, medicamentos, pintura, trineos, y material científico. Luego un saludo de despedida y un grupito de hombres quedan a la espera de la noche invernal en un trozo lejano y frío de tierra argentina.

Tierra virgen aún, la Antártida ofrece un sinnúmero de posibilidades y esperanzas para las generaciones futuras. En la actualidad, constituye uno de los puntos de mayor interés turístico mundial y por ello la competencia constante entre Chile y Argentina por mejorar la infraestructura del extremo continental.

Es interesante notar que el país hermano nos lleva una amplia ventaja en este punto. Si la Argentina pusiera el mismo empeño en empujar su Patagonia, como la pone en reclamar las Islas Malvinas, no ofrecería esta gran región un aspecto tan olvidado. Parecería que en Buenos Aires se olvidan de que el puente hacia la Antártida es la Patagonia. ¿Hasta cuándo? □

Mariano Castex, S. J.